

PANTALLAS

ESPECTÁCULO Y NARRATIVA

Alfonso Gumucio

Cuentan que Henri Langlois (fundador de la Cinemateca Francesa en 1936, que salvó durante la Segunda Guerra Mundial varios clásicos de la cinematografía mundial escondiéndolos en la tina de baño de su casa) prefería ver las películas sin sonido para apreciar mejor sus cualidades visuales y abstraerse de los efectos sonoros.

Puede parecer un ejercicio extremo e incluso un rechazo del cine sonoro y del efectismo que puede otorgar a una secuencia banal una tonalidad de terror o de comedia, pero la anécdota tiene algo de cierto, a juzgar por una experiencia cinéfila reciente.

Es innegable que una obra cinematográfica se aprecia mejor en una gran pantalla, pero a veces el tamaño de la pantalla engrandece obras que sólo destacan por su espectacularidad y cuyo contenido puede ser muy pobre. Ver cine en una pantalla pequeña, por las circunstancias o por decisión, suele despojar a las obras de la parte artificiosa y dejar en la retina y en la cabeza lo esencial para un análisis crítico.

Tuve hace poco una experiencia de ese tipo en un vuelo de nueve horas entre Bogotá y Barcelona, que me permitió ver en hilo cuatro películas que tenía en mi lista de pendientes: *La forma del agua* de Guillermo del Toro; *Coco* de Lee Unkrich; *La hora más oscura* de Joe Wright; y *Dunkerque* de Christopher Nolan. Me hubiera gustado ver también *Tres anuncios por un crimen* de Martin McDonagh y *The post* de Steven Spielberg, todas ellas nominadas al Oscar, pero será en el viaje de regreso.

Lo que me interesa comentar aquí es la percepción diferenciada que puede tener un espectador que ha visto esas películas en una gran pantalla y en la pantalla individual (pequeña pero de muy buena calidad) del Boeing 787 Dreamliner de Avianca.

A pesar de mis propios pronósticos, quizás influenciados por lo que había leído y escuchado, *La forma del agua* no me pareció la mejor obra entre las cuatro mencionadas. Ciertamente hay un trabajo de fotografía y de escenografía que podría apreciarse mejor en una gran pantalla, pero la historia con ecos de “la bella y la bestia” resulta un tanto banal, a pesar de los esfuerzos de hacerla “políticamente correcta”: una suerte de alegoría contra la discriminación, contra los científicos y militares que obran en la oscuridad de bunkers subterráneos y los buenos sentimientos de las personas sencillas y algo marginales. Lo que la pantalla pequeña retiene es la calidad de la fotografía y la poética del relato.

Coco, el largometraje de animación que tanto éxito de taquilla ha tenido, es sin duda una bella obra para niños y para adultos, y esta vez no sólo por la espectacular técnica utilizada en los dibujos, sino por la historia, que al final es lo que mejor queda en la pantalla chica. El rescate de la tradición mexicana del Día de los Muertos a través de una historia en la que se teje el amor por la música, las relaciones familiares, las tradiciones que se heredan de una generación a otra, los falsos y los verdaderos héroes populares, entre otros temas, destacan más allá de las más vertiginosas volteretas visuales. Es un film cuyas luces y sombras se graban en la mente.

Fue bueno ver *La hora más oscura* antes de *Dunkerque*, porque la segunda resulta casi incomprendible sin la primera, a menos que uno conozca bien la historia de la Segunda Guerra Mundial. El film describe un periodo relativamente breve en la vida política de Winston Churchill, que asciende al puesto de Primer Ministro en mayo de 1940, como resultado de una negociación *in extremis* entre la derecha conservadora en el poder y la izquierda laborista en la oposición. Contrariamente a lo que se cree, Churchill resulta gobernando para la izquierda de su país, hostigado permanentemente por la derecha que pensaba deshacerse de él rápidamente. Dotado de un



Dunkerque de Christopher Nolan

extraordinario olfato político que no va en detrimento de su sinceridad, Churchill atraviesa horas de gran soledad cuando sus propuestas no convencen, pero esas mismas propuestas son las que devuelven a Inglaterra su dignidad y la preparan para lo peor que vendrá después: el bombardeo de Londres.

La extraordinaria actuación de Gary Oldman destaca en muchas escenas, pero en particular en aquella donde decide ir solo al metro subterráneo de Londres para tomar el pulso de la población y ratificar de esa manera sus propias intuiciones: el pueblo británico está en contra de cualquier pacto con Hitler y prefiere resistir hasta el final para preservar su dignidad y su soberanía.

Esta obra, de las cuatro que pude ver en el vuelo trasatlántico, es la que mejor se sostiene porque su fuerza no radica en la espectacularidad de las imágenes, sino en la historia, en los diálogos, en las situaciones y en las actuaciones, sin desmerecer la fotografía, el montaje, la escenografía, el vestuario, la música y otras cualidades.

Después de ver a Churchill en la cuerda floja y salir airoso como el más experimentado equilibrista (aunque no será premiado por ello en las siguientes elecciones, sino derrotado por la derecha), *Dunkerque* aparece como una película de guerra convencional, donde lo espectacular prima sobre la historia. Una historia que no entenderíamos bien sin conocer primero lo que muestra *La hora más*

oscura, la difícil decisión de regresar a Inglaterra a 300.000 soldados de la Fuerza Expedicionaria de Inglaterra, acorralados en Dunkerque y en Calais, en Francia. No es una fuerza menor, pero ha sido derrotada militarmente y moralmente por el avance del ejército alemán.

Las cuatro o cinco historias personales que se desarrollan en paralelo sin llegar a entrelazarse completamente a lo largo del film, enriquecen sin duda el relato, pero no llegan a desplazar la espectacularidad visual de las batallas, las batallas de aviones y toda la parafernalia de guerra.

Quizás si viera estas películas de nuevo, en una pantalla grande, mi opinión cambiaría en alguna medida, pero la experiencia de verlas en una pantalla individual (que es la forma de visionar films que tiene un crecimiento más rápido, gracias a las nuevas tecnologías), me permite concentrarme en la historia y no en lo espectacular. Y en esa comparación sale ganando el espesor histórico y cultural de *La hora más oscura* y también de *Coco*. 🇵🇪

Alfonso Gumucio Dagron (La Paz, 1950). Boliviano, escritor, periodista, cineasta, fotógrafo y especialista en comunicación para el desarrollo. Tiene veinte libros publicados (poesía, cuento, testimonio, y ensayo), los más recientes de ellos *Cruentos* (2012) y *El ingeniero descalzo* (2014). Su testimonio sobre el golpe militar de García Meza, *La Máscara del Gorila* (1982), obtuvo en México el Premio Nacional del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Ha dirigido una docena de películas documentales sobre temas sociales y culturales. Su trabajo en comunicación lo ha llevado por América Latina y el Caribe, África, Asia y el Pacífico Sur. Una primera versión del presente artículo fue publicada en el diario *Página Siete* de Bolivia el 1º de abril 2018.